

MONS. EMILIO ARANGUREN ECHEVERRIA, OBIPOS DE HOLGUÍN-LAS TUNAS

Mensaje en el programa 'podcast' en audio. Domingo 19 del tiempo ordinario, 8 de agosto, 2021

Queridos hermanos y amigos, inicio mis palabras saludándolos y, de antemano, agradeciéndoles mucho la respuesta que van a dar en alta voz. Por eso les digo: “¡La paz del Señor esté con ustedes!”. … Gracias, los escuché a casi todos cuando contestaron: “¡Y con tu espíritu!”. Todos lo necesitamos

A lo largo de la primera semana de agosto, la realidad de la Covid entre nosotros, se ha acrecentado, no sólo en cuanto al número de contagiados, sino también, en el de fallecidos: personas de familias conocidas, miembros de comunidades, vecinos. A ello se une los que están ingresados, sea en los hospitales, como los que están en sus casas sin signos manifiestos, pero con la preocupación constante y en espera de lo que diga el médico cuando los visite. Esta tensión nos hace vivir en vilo y hace que perdamos la paz, nos alteramos, y lo expresamos de diversas maneras que afectan muchas veces nuestro entorno familiar y social. Por eso les repito: ¡La paz esté con ustedes!

Me alegro de que haya sido enviado el segundo número del boletín “El Diocesano” que corresponde a la primera quincena de agosto. Por favor, si no lo han recibido o no saben de lo que les estoy hablando, comuníquense con el Obispado para recibir información y se les pueda enviar a la dirección que indiquen. En este número del boletín aparece el testimonio discipular de Luis Portelles Méndez, como dicen las gentes: “uno de los que siempre se mantuvieron fieles”, consiste en compartir brevemente cuál fue la base y fundamento de su vocación laical que le ha permitido ser educador, esposo, padre de familia, hombre de sociedad, miembro de la comunidad parroquial de San José en Holguín y siempre catequista. Un lindo ejemplo de la vivencia de la vocación laical en la que hemos insistido.

Me alegro, igualmente, porque hoy -tal como escuchamos- apareció de nuevo un carpintero… otro San José. Recordamos que hace dos semanas supo integrar el servicio de cada una de las herramientas y, de esa forma, sumó los aportes de cada una de ellas. Hoy, como decimos los cubanos ¡se la comió!, ya que lo contrataron y le dieron tablas y puntillas para levantar una tapia que separara y lo que hizo fue confeccionar un puente que uniera. ¡Qué importante, en un mundito como el nuestro, ser puente: unir, vincular, ser instrumento de comunión fraterna! No cabe en un cristiano sembrar cizaña, levantar postillas para que vuelva a sangrar la herida, dividir, sembrar duda o desconfianza. Esas son las armas del maligno, según explica San Pedro en su Primera Carta (5,8-9).

Por eso, como en el Evangelio de hoy es el mismo Jesús quien dice: “Yo soy el pan de vida”, pregunto: ¿Qué tenemos que hacer para participar de la Comunión y recibir el Pan de Vida? A muchos nos enseñaron que eran tres las condiciones para hacerlo bien: (1) Saber a Quién se va a recibir, (2) Estar en gracia de Dios y (3) Tener la disposición indicada por la Iglesia para recibirla. Es bueno tener en cuenta que, una de esas disposiciones, la estableció el mismo Jesús, cuando dijo: “Si cuando traes tu ofrenda al altar, allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda delante del altar, y vete, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mt. 5,23-24). ¡Es lógico que quien reciba la Comunión sea, en la vida diaria, instrumento de común-unión entre los suyos! Este es uno de los signos atractivos de la primera comunidad discipular de la que decían: ¡Miren cómo se aman!, tal como les había exhortado Jesús: “En esto conocerán todos que son mis discípulos, si tienen amor los unos con los otros” (Jn. 13,35)

Una comunidad cristiana -en medio del barrio o pueblo donde vive- tiene como misión “ser puente de unión”, “ser instrumento de comunión” y testificar con el ejemplo de cada uno de sus miembros, la puesta en práctica de “haz el bien sin mirar a quien”. Por eso, la Misa dominical debe ser, en cada una de nuestras comunidades, la mesa en la que se hace presente y se comparte a Jesucristo, Pan de Vida y, cada uno de los que participamos, tengamos la fuerza que Él nos da para ser sus testigos de palabra y de obra, nos fortalece para que haya coherencia entre la fe que profesamos y el ejemplo de nuestra vida en la familia y donde quiera que estemos. Pensemos en esto y en nuestro comportamiento en la vida diaria.

No quiero terminar sin corresponder a quienes me han llamado o escrito por WhatsApp para comentar sobre el programa de “Vivir del cuento” transmitido el pasado lunes en su horario habitual. Me limito a dos puntos (pudieran ser más): el primero es que me alegré que, después de varias semanas sin que saliera al aire, tuviésemos la oportunidad de volverlo a ver; considero que ha sido algo bueno. Lo segundo, tal vez “arrancando el rábano por las hojas”, el gesto de Cachita de pedirle al cura que fuese a darle la

Extremaunción a su tía, es un modo de actuar que es necesario renovar en muchas personas creyentes y, de esa forma, celebrar el Sacramento de la Unción de los Enfermos, tal como hacía la primera comunidad cristiana, de acuerdo a lo que leemos en la Carta de Santiago: “*¿Está enfermo alguno de ustedes? Que llame a los presbíteros de la Iglesia para que oren sobre él y lo unjan con aceite en el nombre del Señor?*” (5,14). Recordemos que, en la Misa Crismal, el primer aceite que el Obispo bendice es el Óleo de los Enfermos. Los invito, queridos hermanos y amigos, a quedarnos con lo bueno y, de esta forma, no dejemos para después decirle al párroco que vaya a tu casa o al hospital para que unja a tu ser querido que está adolorido, desconsolado o enfermo.